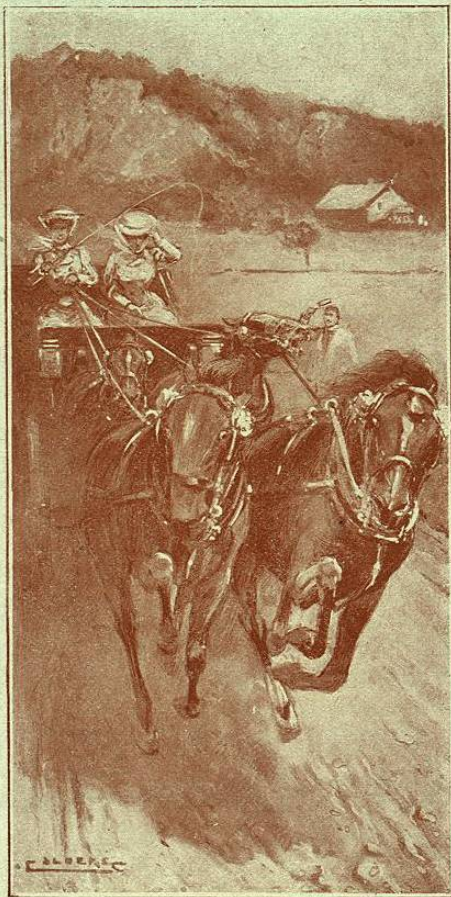


VI

Este mismo día, á las siete y media, Juan vino á buscar al cura á su casa y los dos tomaron el camino del castillo.

Hacia un mes que un verdadero ejército de obreros se había apoderado de Longueval; los mesones y tabernas del pueblo hacían fortuna. Inmensos camiones habían venido de París cargados de muebles y tapicerías. Cuarenta y ocho horas antes de la llegada de Mad. Scott, Mlle. Marbeau, la directora de correos, y Mad. Lormier, la alcaldesa, habían podido entrar en el castillo, y lo que contaban hacía trastornar las cabezas de los que lo oían. Los antiguos muebles habían desaparecido, relegados á las buhardillas, y se paseaba uno en medio de un verdadero montón de maravillas. ¡Y las caballerizas! ¡Y las cocheras! Un tren especial había traído de París, bajo la inteligente vigilancia de Edwards, diez coches ¡y qué coches! Veinte caballos ¡y que caballos!

El padre Constantino creía saber lo que era el lujo. Comía una vez al año en el palacio de su obispo, monseñor Foubert, prelado muy amable y muy rico, que recibía con grandeza. El cura



hasta entonces pensó que no podía haber en el mundo nada más suntuoso que el palacio episcopal de Souvigny y que los castillos de Lavardens y de Longueval... Empezaba á comprender, por lo que oía contar de los nuevos esplendores de Longueval, que el lujo de las grandes casas de hoy debía superar con singularidad al lujo serio y severo de las antiguas casas de otros tiempos.

Cuando el cura y Juan dieron algunos pasos por la calle del parque que conducía al castillo:

—Mira Juan, le dijo el cura, qué cambio. Toda esta parte del parque estaba completamente abandonada... y mira cómo ahora está enarenada y limpia... Ya no me creo, como antes, aquí en mi casa... Esto va á ser muy hermoso. Ya no encontraré mi viejo sillón de terciopelo castaño, donde me sucedía tan á menudo dormirme después de comer. Y si me duermo esta noche, ¿qué será de mí?... Ten cuidado, Juan... Si ves que empiezo á ponerme pesado, te aproximas y me pellizas por detrás en un brazo. ¿Me lo prometes?

—Sí, padrino, se lo prometo á usted.

Juan no prestaba más que una mediana atención á lo que le decía el cura. Sentía una impaciencia grande de volver á ver á Mad. Scott y miss Percival; pero esta impaciencia estaba unida á una viva inquietud. ¿Iba á encontrarlas en el gran salón de Longueval tales como las había visto en el comedorcito de la casa del cura? Quizás, en lugar de estas dos mujeres tan perfectamente sencillas y familiares, divirtiéndose con aquella

comidita improvisada, y que desde el primer día le habían acogido con tanta alegría y franqueza, se encontrarían tal vez con dos preciosas muñecas de sociedad, elegantes, frías y correctas. Su primera impresión ¿se borraría?... ¿Desaparecería?... ¿Se haría, por el contrario, en su corazón más suave y más profunda todavía?

Subieron los seis escalones de la gradería y fueron recibidos en el vestíbulo por dos robustos lacayos del aspecto más digno y más imponente. Este vestíbulo en otro tiempo era una inmensa pieza glacial y desnuda con sus paredes de piedra; estas paredes hoy estaban cubiertas de admirables tapices que representaban asuntos mitológicos; apenas los miró el cura, pero fué lo suficiente para enterarse de que las diosas que se paseaban por aquellas verdes campiñas usaban trajes de una primitiva sencillez.

Uno de los lacayos abrió las dos puertas del gran salón. Allí era donde acostumbraba á estar la anciana marquesa, á la derecha de la chimenea, y á la izquierda el sillón castaño. ¡Ya no había sillón castaño! El antiguo mueble del imperio, que era el principal adorno del salón, había sido reemplazado por un maravilloso mueble del siglo último. Además una porción de silloncitos y pufs de todos colores y variadas formas, estaban colocados aquí y allá con una apariencia de desorden que era el colmo del arte.

Mad. Scott, al ver entrar al cura y á Juan, se levantó y fué á su encuentro:

—¡Qué amable es usted, dijo ella, señor cura, de haber venido... y usted también, caballero!... ¡Y qué contenta estoy de volveros á ver, porque son mis primeros y únicos amigos en este país!

Juan suspiró. Era la misma mujer.

—¿Quiere usted permitirme, añadió, que les presente mis hijos... Harry y Bella?... Vengan ustedes.

Harry era un precioso muchacho de seis años, Bella una linda niña de cinco; tenían los mismos hermosos ojos negros de su madre y sus mismos cabellos de oro.

Después que el cura les dió un beso á los dos niños, Harry, que miraba con admiración el uniforme de Juan, dijo á su madre:

—¿Y al militar también, mamá; hay que darle un beso también?...

—Si quieres, respondió Mad. Scott, y si él quiere.

Los dos niños, un minuto después, ya estaban encima de las rodillas de Juan, y le llenaban de preguntas.

—¿Usted es oficial?

—Sí, soy oficial.

—¡De qué!

—De artillería.

—Los artilleros ...son los que tiran cañonazos... ¡oh! ¡cuánto me gustaría oír tirar cañonazos y estar bien cerca!

—Usted nos llevará un día cuando tiren cañonazos, dígame usted, ¿querrá usted?

Mad. Scott, que durante este tiempo hablaba con el cura y Juan, respondiendo á las preguntas de los niños, miraba á Mad. Scott. Llevaba un vestido de muselina blanca, pero que desaparecía bajo una verdadera nube de volantitos de valencienes. El vestido era anchamente descotado por delante en forma cuadrada. Los brazos desnudos hasta el codo, un gran ramo de rosas encarnadas en la abertura del corsé, una rosa del mismo color, prendida en el pelo con un broche de brillantes, nada más.

Mad. Scott, observó en seguida de que Juan estaba ocupado militarmente por sus dos hijos:

—¡ Oh! perdone usted ¡ caballero! ¡ Harry!... ¡ Bella!...

—Le ruego á usted, señora, que los deje.

—¡ Cuánto siento haceros comer tan tarde! ¡ mi hermana no ha bajado todavía! ¡ ah! ¡ aquí está!

Bettina entró; el mismo vestido de muselina blanca, la misma nube de encajes, las mismas rosas encarnadas, la misma gracia, la misma hermosura, y el mismo recibimiento risueño, amable y franco.

—Soy su servidora, señor cura. ¿ Me ha perdonado usted ya la horrible indiscreción que cometí el otro día?

Después, volviéndose á Juan, le tendió su mano.

—Buenos días, Señor... Señor... ¡ vaya!... pues no me acuerdo de su nombre... y, sin embargo,

me parece que somos ya antiguos amigos... ¿ Señor?...

—Juan Reynaud.

—Juan Reynaud... esto es. Buenos días, señor Reynaud!... pero, le prevengo á usted con toda lealtad, que de aquí á ocho días, cuando ya seamos, por completo, íntimos amigos, le llamaré Juan... Es un nombre muy bonito, Juan.

En este momento se anunció que estaba la comida. Vinieron las ayas para llevarse á los niños. Mad. Scott tomó el brazo del cura, y Bettina se apoyó en el de Juan... Hasta el momento en que apareció Bettina, Juan se decía: «La más bonita es Mad. Scott.» Cuando vió resbalar debajo de su brazo la manita de Bettina, y volver su deliciosa cara hacia él, se dijo en seguida: «La más bonita es miss Percival.» Pero volvió á caer en sus dudas cuando se sentó entre las dos. Si miraba á la derecha por este lado temía de un modo atroz quedarse enamorado... y si miraba á la izquierda, el peligro desaparecía instantáneamente trasladándose á la izquierda.

La conversación se comenzó fácil, animada y muy de confianza.

Las dos hermanas estaban encantadas. Habían dado un paseo á pie por el parque, se prometían dar al día siguiente un largo paseo á caballo por el bosque. ¡ Montar á caballo era su pasión y su locura! Era también la pasión de Juan, y al cabo de un cuarto de hora, le rogaban que las acompañara en este pasco que proyectaban para el día

siguiente, y aceptaba con mucho gusto. Nadie, mejor que él, conocía todos los alrededores; era su país; sería tan dichoso en hacerlas los honores y enseñarlas una porción de sitios encantadores que, de seguro, sin él, nunca los hubieran descubierto!

—¿Usted monta todos los días á caballo?

—Todos los días y, por lo general, dos veces: por la mañana por obligación y por la tarde por mi gusto.

—¿Por la mañana? ¿muy temprano?

—A las cinco y media.

—A las cinco y media, ¿todas las mañanas?

—Sí, menos los domingos.

—Entonces ¿á qué hora se levanta usted?

—A las cuatro y media.

—¿Y es ya de día?

—¡Oh! sí, á esa hora ya es de día claro.

—¡Levantarse todos los días á las cuatro y media es admirable!... Nosotras concluimos nuestro día, muchas veces, á la hora que usted lo principia. ¿Y le gusta á usted su carrera?

—Mucho señorita. ¡Es tan agradable tener uno su existencia siempre recta delante de uno, con todos sus deberes bien conocidos y bien cumplidos!

—¡Sin embargo, dijo Mad. Scott, no ser uno dueño de sí mismo, tener que obedecer siempre!

—Esto puede que sea quizás lo que más me gusta. No hay nada más fácil que obedecer... y

además el que aprende á obedecer, es el que mejor logra saber mandar.

—¡Ay! lo que usted dice, qué verdad es!

—Sí, sin duda ninguna, continuó el cura, pero lo que no les dice á ustedes, es que es el oficial más distinguido del regimiento, y que...

—Padrino, por Dios, le ruego...

El cura, á pesar de la resistencia de Juan iba á lanzarse hacia el panegírico de su ahijado, y Bettina intervino:

—Es inútil, señor cura, no diga usted nada... Todo lo que nos cuente lo sabemos. Hemos tenido la indiscreción de informarnos sobre... ¡Ay! por poco digo Juan, sobre Reynaud... ¡Pues bien! ¡son los informes admirables!

—¿Podría yo saber lo que han dicho á ustedes? dijo Juan.

—Nada, nada... Usted no sabrá nada. No quiero á usted ponerlo colorado, y sé que se ruborizaría sin poderlo remediar.

Después volviéndose al cura:

—Y sobre usted hemos tenido también informes. Parece que es usted un Santo...

—¡Oh! lo que es esto bien verdad es, exclamó Juan.

El cura fué esta vez el que cortó de un golpe la elocuencia de Juan. Estaba á punto de concluir la comida, y el anciano cura no la había pasado sin algunas emociones. Muchas veces le habían presentado condimentos sabios y complicados sobre los que no se había atrevido á llevar su tem-

blorosa mano; tuvo miedo de ver caer todos los temblorosos castillos de jalea, las pirámides de trufas, las fortalezas de crema, los baluartes de pastelería y las rocas de hielo. El padre Constantino comió además con gran apetido, y no se asustó de beber dos ó tres copas de vino de Champagne. No le disgustaba la buena carne. La perfección no se encuentra en este mundo, y como la gula es, según dicen, un pecado capital, ¡cuántos curas muy buenos irían al infierno!

El café se sirvió en la terraza delante del castillo, y oían de lejos el sonido un poco cascado de la vieja campana de la aldea que daba las nueve. Los prados y los bosques dormían. El parque no conservaba más que líneas indecisas y onduladas. La luna lentamente reflejaba en las copas de los árboles.

Bettina tomó de la mesa una caja de cigarros:

—¿Fuma usted?

—Sí, señorita.

—Tome usted, entonces, Juan... Tanto peor, ya lo he dicho... tome usted... pero no... escuche primero.

Y, bajando la voz al presentarle la caja de cigarros:

—Es de noche y usted puede ruborizarse todo cuanto quiera. Le voy á usted á decir lo que no le he dicho antes en la mesa. Un anciano notario de Souigny, que ha sido su tutor ha venido á visitar á mi hermana para el pago del castillo, y nos ha contado lo que usted ha hecho, después de la muer-

te de su padre, cuando usted no era más que un niño, lo que hizo por esa pobre madre y por la pobre niña. Nos enternece mucho mi hermana y yo.

—Sí, señor, continuó Mad. Scott, y por esto nosotras hemos tenido hoy un gran placer. Nosotras no hubiéramos hecho el mismo recibimiento á otro cualquiera, puede usted estar persuadido de ello. ¡Pues bien! Tome usted su cigarró ahora, mi hermana espera.

Juan no encontró palabras que contestar. Bettina permanecía quieta delante de él, con la caja de cigarros entre sus manos y los ojos atentamente fijos en la cara de Juan. Ella saboreaba el placer tan real y tan vivo que podía traducirse por esta frase:

—Me parece que estoy contemplando un buen muchacho.

—Y en seguida, dijo Mad. Scott, sentémonos aquí, contemplando esta encantadora noche... tome usted su café... y fume...

—Y no hablemos más, Suzie, no hablemos más. Este hermoso silencio del campo despues de ese ruido de París, es adorable. Estémonos aquí quietos, sin decir ni una palabra. Miremos al cielo y á las estrellas.

Los cuatro con mucho gusto, pusieron en práctica este programita. Suzie y Bettina, calmadas, tranquilas, reposadas y completamente apartadas de su existencia anterior, tomaban ya cariño por

este país que acababa de recibir las y las conservaría por algún tiempo.

Juan estaba menos tranquilo; las palabras de miss Percival le habían causado una emoción profunda; su corazón no había vuelto á tomar por completo su marcha normal.

Pero el más dichoso de todos era el cura Constantino. Había gozado con deleite del pequeño episodio que había colocado la modestia de Juan, en un trance tan rudo y dulce á la vez. ¡Profesaba tal afección á su ahijado! El más tierno de los padres no ha querido jamás con tanto corazón al más querido de sus hijos. Cuando el anciano cura miraba al joven oficial, le sucedía muchas veces, tenerse que decir:

—¡ El cielo me ha colmado de bienes! ¡ Soy sacerdote y tengo un hijo!

El cura se perdió en un agradable delirio, se encontraba como en su casa; y sus ideas poco á poco se fueron confundiendo y embrollando. El sueño llegó á ser pesadez, la pesadez de la soñolencia, y el desastre fué bien pronto completo é irremediable. El cura se durmió profundamente. La maravillosa comida y las dos ó tres copas de vino de Champagne, hicieron bastante para producir la catástrofe.

Juan no se enteró de nada; había olvidado la promesa hecha á su padrino. Y ¿por qué se olvidó? Porque á Mad. Scott y miss Percival se les había ocurrido poner los pies encima de los taburetes del jardín, colocados delante de los hermo-

sos sillones de nogal rellenos de almohadones. Y de este modo, perezosamente echadas hacia atrás, un poco, muy poco, pero lo bastante para descubrir cuatro piecitos, bien delineados y marcados con precisión, bajo dos preciosas ondas de blancuísimos encajes, que la claridad de la luna destacaba, Juan los miraba y le ocurría esta cuestión:

—¿Cuáles son los más pequeñitos?

Mientras que pensaba el modo de resolver este problema, Bettina, de repente, dijo en voz baja:

—¡ Juan! ¡ Juan!

—¡ Señorita!

—Mire usted el señor cura cómo duerme.

—¡ Ay! ¡ Dios mío! Yo tengo la culpa.

—¡ Cómo! ¿Usted tiene la culpa? preguntó madama Scott, lo mismo, en voz baja.

—Sí... Mi padrino se levanta muy tempranito y se acuesta también temprano; me había encargado de impedir que se durmiera. Muchas veces, en casa de Mad. de Longueval, después de la comida le entraba el sopor. Ustedes le han acogido con tal bondad, que ha vuelto á coger en seguida sus antiguas costumbres.

—¡ Pues ha hecho muy bien! dijo Bettina. No hagamos ruido para no despertarlo.

—Usted es excelente, señorita, pero la noche se vuelve algo fresca.

—¡ Ay! tiene usted razón, podría resfriarse. Espere usted un poco. Voy á ir á buscar un abrigo mío,

—Creo, señorita, que sería mejor despertarlo con discreción para que no sospeche que le han visto ustedes dormir.

—Déjeme usted, dijo Bettina, yo sé lo que he de hacer. Suzie, vamos á cantar juntas, muy bajito primero, y después vamos forzando poco á poco la voz... Cantemos.

—Con mucho gusto... pero ¿qué vamos á cantar?

Cantaremos *Somesihng childish*... Las palabras son de ocasión.

Suzie y Bettina se pusieron á cantar:

If I had but two little wings
and were á little feathery bird, etc.

Sus voces dulces y penetrantes, en el profundo silencio que había, produjeron un delicado sonido. El cura nada oía y no se movía. Encantado Juan de este improvisado concierto, se decía:

—¡Dios quiera que mi padrino no se despierte demasiado pronto!

Las voces, sin embargo, llegaron á ser más claras y más fuertes:

Bul in my sleep thou I fly;
I'm always with you in my sleep, etc.

Y el cura continuaba sin moverse.

—¡Cómo duerme! dijo Suzie. es un crimen despertarle.

—Es preciso... ¡Más alto, Suzie, más alto!

Suzie y Bettina dejaron escapar con más libertad los acordes de sus voces.

Sleep stays not, though á monarch bids;
So I love to wake ese Crealt of day, etc.

El cura se despertó sobresaltado. Después de un corto momento de inquietud respiró... Nadie evidentemente había notado su profundo sueño. Se enderezó, se estiró con prudencia, lentamente... Y estaba salvado.

Un cuarto de hora después las dos hermanas acompañaban al cura y á Juan hasta la puertecita del parque, que daba al pueblo y á distancia de cien pasos de la casa del cura. Al aproximarse á esta puerta, Bettina dijo á Juan de repente:

—¡Ay! caballero, hace tres horas que tengo en la mente una pregunta que hacer á usted. Esta mañana, al llegar nosotras, encontramos en el camino á un joven delgado, de bigote rubio, que montaba un caballo negro, y nos saludó al pasar.

—Es Pablo de Lavardens, uno de mis amigos. Ya ha tenido el honor de ser presentado á usted, pero algo ligeramente. También desea ser nuevamente presentado.

—Pues bien, usted nos le traerá uno de estos días, dijo Mad. Scott.

—Hasta el 25, exclamó Bettina; antes no, no. Hasta entonces á nadie, á nadie queremos ver, excepto á usted, Juan... pero usted es una cosa muy extraordinaria; no sé en lo que consiste, pero

usted no es nadie ya para nosotros. La verdad es que el cumplimento que he querido hacerle quizás no está bien dicho, pero no dude usted que es una amabilidad... Porque experimento, sin poderlo remediar, la intención de ser excesivamente amable al hablarle de este modo.

—Usted lo es siempre, señorita.

—Tanto mejor si he tenido la felicidad de hacerme comprender... Hasta la vista, Juan, y hasta mañana.

Mad. Scott y miss Percival volvieron á emprender el camino del castillo.

—Y ahora, Suzie, dijo Bettina, riñeme fuerte... Así lo espero... porque lo he merecido.

—¡Refírte! ¿Por qué?

—Vas á decir, estoy segura, que he estado demasiado familiar con ese joven.

—No, no te diré eso... Ese joven ha hecho en mí, desde el primer día que lo conocimos, la más feliz impresión que puedes imaginar, y me inspira una completa confianza.

—Y á mí también.

—Estoy persuadida de que nosotras dos debemos poner todo lo que esté de nuestra parte para hacer de él un buen amigo nuestro.

—En cuanto á mí, de todo corazón... Mucho más, Suzie, cuando he visto ya tantos jóvenes desde que vivimos en Francia... ¡Oh! sí, he visto... y muchos!... Pues bien, es el primero, positivamente el primero, en cuya mirada no he visto con claridad esta frase: «¡Dios mío, qué dichoso

sería si pudiera casarme con los millones de esta personita!» Esto lo llevan escrito en sus ojos todos los demás, y en los suyos no. Por lo demás, ya estamos en casa... Buenas noches, Suzie, y hasta mañana.

Mad. Scott fué á ver á sus hijos y á besarlos dormidos.

Bettina permaneció un buen rato con los codos apoyados en la balaustrada del balcón.

—Me parece, dijo, que este país me va á gustar mucho á mí.